

EXTERIORIDAD Y CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA. LUXEMBURG Y LA POSIBILIDAD DE LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL

EXTERIORITY AND CRITIC OF POLITICAL ECONOMY.
LUXEMBURG AND THE POSSIBILITY OF CAPITAL ACCUMULATION

Jesús Rodríguez Rojo

Investigador independiente, Sevilla, España.
jesusrojo@gmail.com

Recibido: noviembre de 2019
Aceptado: diciembre de 2019

Palabras clave: totalidad, dialéctica, Luxemburg, acumulación por desposesión.

Keywords: totality, dialectic, Luxemburg, accumulation by dispossession.

Resumen: El texto que se presenta es un homenaje en forma de crítica al libro *La acumulación del capital* de Rosa Luxemburg. La posición que aquí se sostiene es que la autora no solo yerra a la hora de criticar a Marx, tal como ya se le ha criticado intensamente, también sostiene una teoría incompatible con el desarrollo de este y con la propia lógica de acumulación capitalista. En concreto, identifica las producciones campesinas de la periferia como externas a la totalidad que es el modo de producción capitalista. Con ello da una explicación del imperialismo y del colapso del capitalismo que no consigue reproducir la dinámica inmanente del capital. Un similar proceder se le achaca a David Harvey en lo que se refiere al concepto de “acumulación por desposesión” que este acuña.

Abstract: The text is a tribute in the form of a critique of the book *The accumulation of capital* by Rosa Luxemburg. The position held here is that the author not only errs when criticizing Marx, as it has already been intensely criticized, also supports a theory which is incompatible with the development of this and the very logic of capitalist accumulation. In particular, it identifies the peasant productions of the periphery as external to the totality that the capitalist mode of production is. This gives an explanation of imperialism and the collapse of capitalism that fails to reproduce the immanent dynamics of capital. A similar approach is attributed to David Harvey in what refers to the concept of “accumulation by dispossession” that he has developed.

Lo que el lector tiene ante sí es un homenaje a la figura de Rosa Luxemburg en el centenario de su asesinato. Pero el reconocimiento y admiración pueden mostrarse de muchas y muy distintas maneras, aquí hemos escogido una de las menos frecuentes: la crítica. Criticar un texto pasa por reconocerlo, por tomar seriamente sus tesis, contrastarlas, discutir las. Igualmente, debe partir de que el objeto de la crítica, pasados los años, mantiene vigencia, que se trata de algo más que un viejo ejemplar solo desempolvado para colocarlo en algún lugar de la historia del pensamiento, económico en este caso. Este es el caso de su mayor contribución al desarrollo de la tradición intelectual marxista, *La acumulación del capital*, publicada originalmente en 1913. Desde entonces han sido muchas las mentes que han sostenido ideas inspiradas en sus planteamientos, y que son subsidiariamente el objeto de nuestra crítica.

Su memoria reclama una crítica que cuente con al menos una parte del arrojito que ella demostró al criticar abierta y radicalmente al propio Marx desde dentro del movimiento comunista con vistas a superar aquello que creía errado y así enfrentarse en mejores condiciones a su realidad, en concreto, a la “lucha práctica contra el imperialismo” (Luxemburg, 1978a, p. 9). Para formularla partiremos del comienzo: exponer su argumento en el contexto que lo determinó.

1. La acumulación capitalista y sus límites en el pensamiento de Luxemburg

Para entender la figura de Luxemburg nos es imprescindible ponerla en relación con

quien sería su rival político: el socialista Eduard Bernstein. Sería él quien llamaría la atención públicamente sobre el peligro de ceñirse a según qué tesis marxistas a la hora de afrontar la práctica política. Según este célebre teórico de la socialdemocracia había que rendirse ante la evidencia de que las tendencias sociales (polarización, concentración de la riqueza...) no se desarrollaban tal y como estaban previstas por los teóricos del movimiento obrero. Por lo que aquí nos concierne, Bernstein (2011, p. 46) no atisbaba en el horizonte cercano nada parecido a “un desastre económico universal de inaudita violencia” que fuera a derrumbar el sistema capitalista. Lo que la “evolución social” mostraba era justamente lo opuesto a lo que pretendían algunos marxistas, a saber, que el socialismo llegaba de la mano de la democratización de las instituciones y no de su destrucción (Bernstein, 2011, p. 81).

La respuesta oficial de la así llamada ortodoxia fue, por boca de Kautsky (1981, p. 82), renegar de la “ridícula teoría del derrumbamiento” que Bernstein les imputaba para llamar la atención sobre la importancia de la acción política del proletariado. Pero esa no fue la única forma de encarar el problema. El moderado Cunow (1978, p. 170) daba por hecho la tendencia a la debacle económica del capital, dejando solo como “dudoso por cuánto tiempo todavía la forma de producción capitalista se mantendrá en cada país y en qué circunstancias tendrá lugar el derrumbe”. En sentido inverso, el llamado “legalista ruso” Tugan-Baranowsky (1978, p. 277) encontró el germen de la crisis en la “falta de planificación” y defendió la posibilidad de eludirlas dentro del propio capitalismo. Este es el contexto en el que escribe Luxemburg y en él debe comprenderse su apuesta teórica política.

Como ya hemos señalado, una de las señas del desarrollo de la pensadora polaca era la crítica a Marx. Pero como ya hemos visto —y al contrario de lo que se pueda pensar—, las críticas a Marx no eran una *rara avis* en el marxismo: la posición de los autores de entonces tendía a mantenerse en complejo equilibrio entre defender, revisar y actualizar la obra marxiana normalmente acabando por emplearla como arma política arrojada contra otros teóricos que, por lo general, también se reconocían como marxistas. Lo llamativo en este sentido de la obra de Luxemburg es que ella puso énfasis en el segundo libro de *El capital*, cuya importancia quedara relativizada frente a los dos que lo flanqueaban, particularmente, en los esquemas de reproducción ampliada del capital.

Con estos esquemas Marx trataba de ilustrar cómo la plusvalía se reinvertía productivamente en dos grandes sectores que representan al conjunto de la economía: uno destinado a los medios de producción, el sector I, y otro a los de consumo, el sector II. Cada uno de ellos estaría dotado de una composición orgánica característica (siendo v capital variable, c capital constante y p plusvalía) y una tasa de plusvalía común (del 100%; lo que da indefectiblemente una plusvalía siempre igual al capital variable):

$$\begin{aligned} \text{I. } & 4000c + 1000v + 1000p \\ \text{II. } & 1500c + 750v + 750p \end{aligned} \quad (1)$$

Partamos de estos números hipotéticos para suponer que en el sector I se destina la mitad de la plusvalía como consumo improductivo de los capitalistas; de los 500 restantes, 400 son invertidos inmediatamente en medios de producción (de los que este mismo sector ha producido).

Los 100 que quedan van a parar al consumo obrero —a través de la contratación de nuevos obreros—, esto es, al sector II, que los invierte en medios de producción. Pero en el sector II necesitan nuevos obreros que puedan poner en movimiento los medios recién adquiridos, por lo que invierte 50 más de su plusvalía en capital variable, dejando 600 como consumo improductivo. El resultado del siguiente ciclo de acumulación, aplicando la misma tasa de plusvalía, sería:

$$\begin{aligned} \text{I. } & 4400c + 1100v + 1100p \\ \text{II. } & 1600c + 800v + 800p \end{aligned} \quad (2)$$

Como corolario, el valor total presente en ambos conjuntos de ecuaciones considerados cada uno de ellos conjuntamente se habría incrementado en 800 (9000 en la primera, 9800 en la segunda). Este es el resultado apodíctico de la acumulación ampliada. Un proceso idéntico de reinversión productiva de una parte de la plusvalía obtenida podría dar lugar a un tercer conjunto de ecuaciones, y este a un cuarto, y así sucesivamente.

Tras su exposición y examen, Luxemburg concluye suspicazmente que tal vez la simpleza y perfección de las fórmulas denote que tras ellas no hay más que simples representaciones ideales. “¿No habremos comprobado que la acumulación puede prolongarse hasta el infinito sin traba alguna, porque el papel permite, paciente, que se le llene de ecuaciones matemáticas?”, se preguntaba (Luxemburg, 1978a, p. 84). En efecto, los esquemas de Marx quedarían como ejercicios teóricos, abstractos, que además tendrían por resultado la ilusión de la persistencia histórica del capitalismo.

Los esquemas de reproducción escamotearían un hecho básico, a saber, “para

que la producción se amplíe, es necesaria una condición: que se amplíe la demanda con capacidad de pago de mercancías” (Luxemburg, 1978a, p. 94). Esta demanda solvente de productos que estimule los sucesivos ciclos productivos, nos dice, no puede provenir ni de los capitalistas, que deben emplear la plusvalía para capitalizarla, ni de los obreros, que tan solo disponen del capital variable. Tampoco responde a las necesidades del incremento natural de la población, y menos aún de otros grupos sociales improductivos como eclesiásticos o funcionarios. El inconveniente, por tanto, de los esquemas de Marx reposaría en que no conseguirían explicar el surgimiento continuo de una demanda capaz de sostener el progresivo crecimiento de la producción. Este problema, “el de la acumulación, la realización de plusvalía para fines de capitalización, quedó en segundo término y finalmente apenas desflorado por Marx” (Luxemburg, 1978a, p. 124).

La solución teórica a este problema pasaría por dejar de lado la premisa de que en las sociedades únicamente existe el modo de producción capitalista. Una vez soltado el lastre de los supuestos teóricos propios de Marx, postula que “la plusvalía destinada a capitalizarse, y la parte de la masa de productos capitalistas que a ella corresponde, no pueden realizarse dentro de los círculos capitalistas, y, necesariamente, han de buscar clientela fuera de estos círculos, en capas y formas sociales que no produzcan en forma capitalista” (Luxemburg, 1978a, p. 275). Si el aumento de la demanda no puede encontrarse en el capitalismo, debe buscarse fuera. De esta manera, el “comercio mundial”, entendido como “trueque entre las formas de producción capitalistas y las no capitalistas”, aparece como “una con-

dición histórica del capitalismo” (Luxemburg, 1978a, pp. 275-276).

La articulación concreta de este peculiar “trueque” tendría lugar a través del imperialismo. Este fenómeno sería la forma política necesaria para erradicar la “economía natural”, completamente incompatible con el capital, y situar en su lugar una “economía simple de mercancías”, que serviría como caladero de consumidores, materias primas y mano de obra para el capitalismo. Se trataría de un constante proceso de lucha contra la economía natural que conseguiría paliar los problemas estructurales del capital, pero que tendría por desenlace final la incorporación a éste de las regiones que se mantenían externas. Conforme se agoten los círculos no capitalistas, los problemas del capital irían *in crescendo*, entonces se hará progresivamente patente “la imposibilidad del desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, y, con ello, la necesidad histórica objetiva del hundimiento del capitalismo” (Luxemburg, 1978a, p. 322). Con los problemas económicos crecientes, el proletariado encontraría las bases para desarrollar una conciencia revolucionaria e implementar los “principios del socialismo”, una forma de gestión que concilie el carácter global propio del capital con la armonía propia de la economía natural (Luxemburg, 1978a, p. 363; 1978b, p. 393). Así formulada, la teoría de nuestra autora consigue articular, de manera más o menos robusta, elementos dispares y de esencial importancia política como el imperialismo, las crisis económicas y la necesidad de la revolución.

El libro de Luxemburg causó un importante impacto en los debates teóricos del momento que se mantiene hasta nuestros días. Y aunque efectivamente sus

propuestas encontraron —y siguen encontrando— ecos, la recepción fue fundamentalmente crítica; en algún caso tan solo consiguió arrancar a los defensores de los esquemas de Marx una cierta falta de “claridad” en la exposición original de los mismos (Pannekoek, 1978, p. 65). De entre sus detractores seguramente el más reseñable sea Bauer (1978, pp. 361-364), quien, también desarrollando los esquemas marxianos, concluía exactamente lo opuesto a Luxemburg, a saber, que incluso una sociedad capitalista aislada podría acumular capital indefinidamente, justamente gracias a la capacidad de las crisis para restablecer la normalidad; el colapso cedía paso de nuevo a la acción política subjetiva como contenido de la revolución.

Ni que decir tiene que la autora no solo no se reconoció en este tipo de planteamientos sino que, ante sus críticos, se enrocó llegando a aseverar que, sin aceptar su contribución sobre la imposibilidad de realización de la plusvalía, “las crisis, concebidas como manifestaciones periódicas, son inexplicables”; también “resulta inexplicable [...] la lucha por los más lejanos mercados y por la exportación de capitales”; pero va más allá, si “la producción capitalista constituye un mercado suficiente para sí misma, la acumulación capitalista [...] es un proceso ilimitado” (Luxemburg, 1978b, pp. 392-393). Tras confrontar con los presupuestos marxianos, Luxemburg acaba por identificar los límites de su propia aproximación y desarrollo con los del marxismo, descartando apresuradamente las explicaciones alternativas a los fenómenos que menciona.

Profundizar en las críticas y réplicas escapa con mucho al desarrollo que tratamos de plasmar —una visión más de conjunto sobre estas teorías puede encontrarse en

Rieznik (2014) o Mattick (2014, pp. 179-251)—; para nuestro objetivo bastará con, por ahora, centrarnos en los aspectos metodológicos implícitos de la teoría de Luxemburg.

2. Algunos apuntes metodológicos y la noción de totalidad en la crítica de la economía política

Es importante notar que el fundamento de todo el razonamiento de Luxemburg está colocado por ella misma en la crítica a los esquemas de Marx. El primer impulso para su teoría es la disonancia que ella encuentra entre la formulación de *El capital* y la realidad palpable. Lo que Marx proponía sería una “ficción científica” que no encajaría más que con una etapa aún no alcanzada del capital en la que este mismo no se podría ya reproducir (Luxemburg, 1978a, p. 323). Si le tenemos, como es el caso, cierta estima al desarrollo teórico marxiano, en este punto deberíamos regresar y plantearnos qué trataba de expresar el pensador de Tréveris con esas formulaciones matemáticas. Y para eso seguramente la mejor manera de aproximarnos sea preguntándonos en qué parte de su obra se hallan los ya famosos esquemas.

El procedimiento expositivo que tiene lugar en la obra de Marx es genuinamente lógico: responde a una aproximación que trata de elevarse progresivamente a lo concreto a través del reconocimiento de abstracciones presentes en la realidad, aunque estas puedan aparecer negadas cuando el abordaje es inmediatamente empírico. De esta manera, por ejemplo, la “magnitud de valor” presente en el libro primero

de *El capital*, reaparece, transformada, cuando, acercándose más a lo concreto, introduciendo más determinaciones, es aparentemente reemplazada por el “precio de producción”. No es que la primera sea una construcción imaginaria, es un momento lógico indispensable que ofrece elementos para su subsecuente despliegue hacia lo concreto. Lo mismo ocurriría con los esquemas de reproducción: si se trata de encontrar en ellos una explicación para fenómenos propios de un menor nivel de abstracción, nos daremos de bruces con los fenómenos perceptibles. Por esto es precisamente que Grossman (1979b, p. 103) amonesta a nuestra autora, asegurando que “no logra captar el procedimiento de aproximación gradual de Marx”; o Rosdolsky (1979, p. 95), al aseverar que sus “reproches [...] a los esquemas de reproducción del tomo II sólo serían oportunos si mediante esos esquemas Marx hubiese querido describir el proceso de reproducción del capital no sólo en su ‘expresión abstracta’, en su ‘forma fundamental’, sino también en el transcurso histórico real”.

Pero la crítica debe ir más allá: Luxemburg no solo percibió inadecuadamente la estructura de la obra de Marx, sino que, con su propuesta, rompió tajantemente con dos de los rasgos esenciales de la crítica de la economía política. El primero es la concepción del modo de producción capitalista como una totalidad. Para explicar este punto tomaremos como línea de salida una de las más vigorosas apologías que recibió la obra de Luxemburg, el ensayo “Rosa Luxemburg como marxista” de un joven G. Lukács.

En él se comienza asegurando que la “categoría de totalidad, el dominio omnilateral y determinante del todo por las partes, es la esencia del método que Marx

tomó de Hegel y transformó de manera original para hacer de él el fundamento de una nueva ciencia” (Lukács, 1985, p. 72). Únicamente el análisis de esta oración podría llevar a una sesuda tesis de filosofía; no obstante, continuemos un poco más para ver cómo engrana esta categoría con la obra de Luxemburg. Cuando Lukács (1985, p. 76) se acerca a los esquemas marxianos lo hace asumiendo aquello que ya hemos criticado: toma los presupuestos de la reproducción ampliada como una “hipótesis puramente metodológica” de la que “hay que pasar a un planteamiento más amplio, a la formulación del problema para la totalidad de la sociedad”; de esta manera llega a la conclusión de que en *La acumulación del capital* no se ha hecho más que “pensar hasta el final del fragmento según la orientación de Marx y contemplarlo según su espíritu”.

Lukács reproduce la fórmula nítidamente hegeliana de tomar “el todo” por “lo verdadero” (Hegel, 2015, p. 16), y gracias a ella consigue rastrear el paso de lo “puramente metodológico” a lo real empírico en una categoría situada a un nivel de abstracción (si queremos llamarlo así) extraordinariamente más elevado que cualquiera empleada por Marx en su desarrollo, la de totalidad. Ya solo falta la inestimable ayuda del vocablo “dialéctica” —tan frecuentemente así empleado por el marxismo vulgar— para otorgar validez, incluso rango de ley, a las abstracciones formuladas, cualesquiera estas sean. Atendiendo de esta manera a las formulaciones de Marx, no resulta llamativo que sitúe a Luxemburg como una figura cuyo pensamiento fuera iluminado por la poderosa categoría de totalidad; máxime cuando ella misma apela a la “contradicción dialéctica” para designar el proceso mediante el cual la

“acumulación capitalista necesita, para su desarrollo, un medio ambiente de formaciones sociales no capitalistas” (Luxemburg, 1978a, p. 281). De hecho, no es casualidad que el propio Hegel (1975, p. 238) se refiriera al mismo problema en términos muy similares a los de nuestra autora, afirmando que por “medio de su dialéctica, la [...] Sociedad, es empujada más allá de sí para buscar fuera, en otros pueblos —que están atrasados respecto a los medios que ella posee en exceso, o en la industria— a los consumidores y, por lo tanto, a los medios necesarios de subsistencia”.

La dialéctica, como aparece en la crítica de la economía política, poco tiene que ver con esto. El paso de Hegel a Marx consiste precisamente en liberar a las categorías de la pura formalidad que asumían en el sistema hegeliano para dotarlas de un contenido concreto. Pero, si se permite el juego de palabras, no se puede entender lo concreto en abstracto: los desarrollos idealistas hegelianos necesitan de una realidad que se adapte a ellos, y no todas lo hacen inmediatamente. La crítica de la economía política parte justamente de un contenido, el modo de producción capitalista, que proporcionar a algunas de las ideas que pueden tener su origen en la obra hegeliana¹. Así, conceptos como “esencia” y “aparición” serían de utilidad para referirse a la relación entre valor y valor de cambio, o “contenido” y “forma” para hablar de magnitud

1. Puede resultar inspirador en este punto referirnos a la obra de Arthur (2014, p. 349) —y en general de llamada “nueva dialéctica”—, quien plantea que la analogía entre Hegel y Marx puede ser encontrada si se asume que, más que invertir a Hegel, hay que reconocer que el mundo del capital es un mundo de por sí invertido y que, como tal, puede comprenderse con las estructuras ideales hegelianas.

de valor y precio de producción. En todo caso serían nociones accesorias, formales, para reproducir una realidad que, de alguna manera, tenemos delante; y entre ellas estaría, sin duda, la de totalidad. Solo que, no ya para referirse al “todo”, sino para referirse justamente al modo de producción capitalista.

En una primera aproximación a la totalidad, podríamos decir que denota un sistema integrado y necesariamente dinámico que dotaría de sentido a las partes que lo constituyen, de una manera tal que estas se puedan aprehender idealmente únicamente en su interior, pero que, al contemplarlas de manera articulada, puedan ser comprendidas en su devenir inmanente al margen de elementos externos. Así podemos describir al modo de producción capitalista como una totalidad cuyas partes inmediatamente concebibles son las mercancías relacionadas entre sí por los precios. Pero una totalidad no puede estar dada, debe instaurarse en un momento dado a través de “un proceso en el cual se crea realmente un contenido objetivo y el significado de sus factores y partes” (Kosik, 1968, p. 73). Esto implica que, para llegar a serlo, para alcanzar esa autonomía, el modo de producción capitalista ha tenido que situarse de manera dominante sobre el conjunto de la sociedad. Es al consumarse este proceso cuando muchas cosas que habría que tener presente para comprender, por ejemplo, la continuidad de la vida, resultan superfluas a la hora de aproximarse al capital. Por citar a Marx (1971, p. 220):

en el sistema burgués acabado cada relación económica presupone a la otra bajo la forma económico-burguesa, y así cada elemento puesto es al mismo tiempo supuesto, tal es el caso de todo sistema orgánico. Este mismo sistema orgánico en cuanto totalidad

tiene sus supuestos, y su desarrollo hasta alcanzar la totalidad plena consiste precisamente [en que] se subordina todos los elementos de la sociedad, o en que crea órganos que aún le hacen falta a partir de aquella. De esta manera llega a ser históricamente una totalidad. El devenir hacia esa totalidad constituye un momento de su proceso, de su desarrollo.

Siguiendo el planteamiento de Marx deberíamos encontrar los factores del desarrollo y decadencia del capitalismo dentro del modo de producción capitalista y, más en particular, dentro del sujeto que lo rige, el capital. Así, por ejemplo, solo puede tomarse a la clase obrera como un agente revolucionario una vez que se la concibe como parte del capital mismo y no como algo ajeno y externo (cf. Rodríguez Rojo, 2017; 2019). Aquí se pone en evidencia el problema de Luxemburg: ella trata de explicar una totalidad desde fuera de sí misma, lo que propiamente es una contradicción en términos, que nada tiene de dialéctica. Este desencuentro con Marx, de nuevo, es percibido por su compatriota polaco H. Grossman (1979a, p. 19; cf. Veraza, 2017, pp. 201-205) cuando afirma que “Rosa Luxemburg no deriva la necesidad del hundimiento capitalista a partir de las leyes immanentes de la acumulación capitalista [...], sino del hecho trascendente que implica la falta de países no capitalistas”.

Pero para llegar a este punto, Luxemburg ha necesitado alterar otro de los presupuestos fundamentales de Marx. Ha tenido que mover el foco, que en *El capital* se situaba en la producción, a la circulación: si para Marx el problema residía en la falta de plusvalía para valorizar a niveles suficientes el capital (lo que motivaba la caída de la tasa de ganancia), para Luxemburg el conflicto se da a la

hora de realizar plusvalía ya producida. Otra vez Grossman (1979a, p. 19) consiguiera identificar con agudeza el problema: “Mientras que en Marx la problemática del capitalismo se hallaba ligada al proceso de producción, en Rosa Luxemburg los problemas decisivos de la existencia del capitalismo son desplazados a la esfera de la circulación”. La marxista polaca toma por contenido la forma que adquiere la producción de plusvalor y la exprime y retuerce hasta encontrar en ella el acabo de la dinámica capitalista. He aquí la segunda de las rupturas más importantes que, respecto a la crítica de la economía política, se acometen en *La acumulación del capital*.

Pero de nuevo, la crítica no puede quedarse aquí: lo que a continuación debemos hacer es examinar la justeza o no del contenido de la propuesta de que analizamos, independientemente de la forma ideal de la que le haya querido dotar la autora. Se trata de reexaminar, a la luz de lo expuesto, despejadas ya las dudas que pudieran surgir sobre su relación con el método marxiano, lo que plantea Luxemburg respecto al “no capital”.

3. La acotación de la totalidad y la mistificación del “no capital”

Ya sabemos que, tal como la autora lo plantea, su propio desarrollo no es conciliable con el de la crítica de la economía política. Eso no tiene por qué llevarnos a descartar por erradas sus posiciones, pues sin duda Marx podría haberse equivocado; pero ni siquiera, y este es el *quid* de la cuestión, a asumirlas siquiera sea negativamente. Respecto a lo primero,

no es este el lugar para discutir minuciosamente si efectivamente han sido las regiones que menciona Luxemburg las encargadas de absorber excedentes de mercancías; simplemente citaremos, aunque sea como muestra de que la historia reciente del capitalismo se ha mostrado tozuda ante la teoría en cuestión, un pasaje de Wallerstein (2012, p. 32):

A veces se ha afirmado que la explicación [de la expansión "imperialista"] reside en la constante búsqueda de nuevos mercados en los realizar las ganancias de la producción capitalista. Sin embargo, esta explicación no concuerda con los hechos históricos. Las áreas externas al capitalismo histórico se han mostrado en general reacias a comprar productos, en parte porque no los "necesitaban" en términos de su propio sistema económico y en parte porque a menudo carecían de los medios necesarios para comprarlos. Sin duda, ha habido excepciones. Pero en general era el mundo capitalista el que buscaba los productos de la arena externa y no al revés.

Sobre lo que debemos inquirirnos es sobre si aquello que Luxemburg califica como "no capitalista" es en efecto externo al modo de producción en el que vivimos. Aquí entra en juego una discusión, la de los límites del capital, que está lejos de circunscribirse a su libro y a las tesis que en él expone: va mucho más allá de él y se inserta en problemas de rabiosa actualidad cuya conceptualización teórica es fundamental. No obstante, esta obra puede ser un punto de partida muy pertinente (y en ese sentido pionero) para desarrollar la crítica. Para ello debemos comenzar por recordar los tipos de economía no capitalista que ya hemos señalado: "natural" y "simple de mercancías". El desarrollo del capital, ya lo sabemos, llevaría necesariamente —siempre según

Luxemburg— a transformar la primera en la segunda (y esta, a la postre, en capitalismo), que sería la que el capital requiere para vender sus productos. Miremos más de cerca las nociones mencionadas.

Comencemos por las formaciones de economía natural. En ellas "lo decisivo es la producción para el consumo", nos dice Luxemburg (1978a, pp. 283-284), pero agrega: "más importante todavía es que todas las formas de producción de economía natural descansan, de un modo u otro, en la sujeción, tanto de los medios de producción como de los trabajadores". Se tratarían de sociedades esencialmente rurales fuertemente ligadas entre sí por vínculos personales (parentesco, etc.) y a la tierra. Esta sería la situación arquetípicamente pre-capitalista, cuya transición al capitalismo pasaría por la liberación de los trabajadores en un doble sentido: rompiendo los lazos de dependencia personal y separándoles de la propiedad de la tierra. Así entrarían en la producción personas propiamente obreras por un lado y materias primas por otro. Es a lo que se suele referir como "acumulación originaria", tomando la expresión de *El capital*. En todo caso, esta figura, la de la "economía natural", no genera problema alguno a efectos del tema que venimos desarrollando: se trata de un metabolismo social inequívocamente pre o, al menos, no capitalista.

Las complicaciones aparecen cuando tratamos de aproximarnos a la así llamada "economía simple de mercancías" o sencillamente "economía de mercancías". El término es poco frecuente y suele ser asociado con otros más comunes pero extraordinariamente más imprecisos vinculados al campesinado. Lo más parecido a una caracterización se realiza al pasar, sin detenerse en ella. Dice Luxemburg

(1978a, p. 298) que una “condición previa fundamental, tanto para la adquisición de medios de producción, como para la realización de plusvalía, es la ampliación de la acción del capitalismo a las sociedades de economía natural”, y prosigue, el “capital necesita que todas las capas y sociedades no capitalistas se conviertan en compradores de mercancías y que le vendan sus productos”. El resto del capítulo lo dedica a ejemplos históricos y es solo en el siguiente cuando parece avanzar en la teorización respecto de este tipo de economía que, recordemos, es central en su lectura: “Para convertir a la masa campesina en compradora de sus mercancías, el capital se esfuerza por reducir, por de pronto, la economía campesina a una rama de la que no puede apoderarse en seguida —dadas las relaciones europeas de propiedad europeas no puede hacerlo sin dificultad—: la agricultura propiamente dicha” (Luxemburg, 1978a, pp. 305-306). Cuando estas explotaciones agrícolas se ven forzadas a otorgarle la forma de mercancías a sus productos —a través de la presión tributaria, pero también de la demanda de pago de rentas, etc.— se habría consumado la separación entre industria y agricultura y, con ello, generado una demanda solvente capaz de absorber los productos capitalistas.

El problema reside en que la separación entre industria y agricultura, tal y como se presenta, sencillamente no existe. Lo que ella plantea que es la producción campesina de mercancías se encuentra en un limbo inaccesible (teórica y prácticamente) cuya única justificación es establecer un “exterior” no capitalista con el que dar consistencia a su teoría. En primer lugar, porque la “acumulación originaria”, al menos como la concibiera Marx (1973a, p. 672), no supone separación alguna de

la industria y la agricultura, más bien todo lo contrario, fue el “método [con el que] se abrió paso a la agricultura capitalista”. Una vez que se abre paso, la dinámica del capital en el agro está sometida en lo esencial a las mismas leyes que en cualquier otro sector: se producen mercancías a través de las cuales se consigue un excedente que más adelante debe ser reinvertido en mejorar intensiva o extensivamente la producción so pena de ser expulsado del mercado por la competencia. Mientras se trate de producción para un mercado con presencia de mercancías producidas en el marco de relaciones sociales capitalistas, toda producción quedará sometida a los designios del capital y será considerada, por ende, producción capitalista.

Los capitales que operen en este sector y que no alcancen las tasas de ganancia medias, los capitales más pequeños, no por ser pequeños pierden su condición de capital. Es este el caso del mal llamado “campesino”, que, mientras se inserte en el metabolismo social produciendo mercancías que vayan a parar a mercados capitalistas, funcionará como capital; nada cambia siquiera el hecho de que los capitales agrícolas gocen de la posibilidad de reproducir fisiológicamente a sus personificaciones mediante el consumo de sus propios productos. Son formas que adopta el capital social a la hora de valorizarse, aún cuando no consiguen consumir sus ciclos productivos con tasas de ganancia satisfactorias. Para concluir este punto, es pertinente traer a colación algunas palabras de Marx (1973b, p. 879), justamente cuando analiza la figura de productor agrícola que es simultáneamente trabajador, propietario de las tierras y de los medios de producción:

[Este productor s]e paga a sí mismo un salario como obrero, se reivindica a sí mismo

su ganancia como capitalista y se abona a sí mismo la renta como terrateniente. Partiendo del modo de producción capitalista y de las relaciones correspondientes a él como base social de carácter general, esta subsumición tiene una razón de ser en el sentido de que [...] no debe precisamente a su trabajo, sino al hecho de poseer los medios de producción [...] el que se halle en posición de beneficiarse de su propio sobretrabajo. Además, mientras crea su producto como mercancía y depende, por tanto, del precio del mismo [...], la masa de sobretrabajo que se puede valorizar no dependerá de su propia magnitud, sino de la cuota general de ganancia [...].

Pero la confusión de Luxemburg no se queda girando alrededor de un problema, si se quiere, taxonómico, referido a la “economía simple de mercancías”: una vez cercenada esta del capital social tiene vía libre para su mistificación. Esto salta a la vista cuando, al enfrentarse a estas comunidades supuestamente no capitalistas, les presupone “la fantástica capacidad de poder comprar sin vender” (Iñigo Carrera, 2013, p. 168). De lo contrario, tan solo podrían conseguir su poder adquisitivo, su capacidad de apropiarse de productos, introduciendo mercancías en un ya saturado mercado capitalista. Con esto, podemos regresar sobre la cita de Wallerstein, explicándonos ahora por qué es limitada la capacidad de compra de las regiones en las que se asienta de nuevas el modo de producción capitalista. No se puede esperar que los capitales más débiles que emerjan de la población autóctona de zonas periféricas consigan los medios para aplacar la sobreproducción que se dé en las regiones que gozan de una industria consolidada.

4. El legado de Luxemburg: Harvey, el estado y la “acumulación por desposesión”

Como hemos anunciado desde el comienzo, los planteamientos de Luxemburg han tenido ecos que se mantienen con fuerza en la actualidad. Tanto es así que la idea de la cohabitación del modo de producción capitalista con otros modos de producción anteriores que actuarían subordinados a él —en un sentido muy similar al que achaca Luxemburg a la economía de mercancías— en un territorio se ha llegado a convertir en un lugar común para una gran cantidad de autores marxistas. Así es como justifica esta idea uno de sus más célebres impulsores: “en *El capital*, donde se expone una teoría abstracta del modo de producción capitalista, no se abordó el análisis de las formaciones sociales concretas que generalmente conllevan varios modos de producción diferentes, cuyas leyes de coexistencia y jerarquía deben, entonces, ser estudiadas” (Balibar, 1970, p. 225). Nuevamente, la crítica de la economía política aparece como algo abstracto que requiere urgentemente de una extensión (que no desarrollo) que abarque aquello que está presuntamente fuera de su alcance.

Ya en otro lugar hemos tratado de mostrar la desconexión que supone este proceder en relación con los presupuestos ontológico-epistemológicos que son enseña del pensamiento marxiano (cf. Rodríguez Rojo, 2016). En este apartado vamos a tratar de mostrar sucintamente la plasmación explícita del método de Luxemburg por quién es el más aclamado de entre sus —distantes— epígonos, el profesor David

Harvey. Para ello tomaremos como referencia el trabajo titulado *El nuevo imperialismo*.

Podríamos resumir, *grosso modo*, la propuesta de Harvey (2004, p. 80) aludiendo a que, para él, los excesos que el capital debe absorber provienen de una sobreproducción, esto es, la imposibilidad de acople rentable de las mercancías en el interior de ciertas “regiones”; la solución vendría dada a través de la dimensión “espacio-temporal”, con la posibilidad de los capitales individuales de “expansión geográfica y la reorganización espacial”, siempre buscando lugares donde depositar el excedente; con ello se podría “mitigar, sino resolver, la tendencia a la aparición de crisis en el capitalismo”. Aún desestimando el subconsumo y renegando del colapso profetizado por Luxemburg, ofrece una explicación muy similar del imperialismo, en términos de búsqueda de mercados que absorban excedente. El punto de mira de Harvey, por tanto, se mantiene fijo en la esfera de la circulación de mercancías.

Más adelante, al aproximarse con cierto detenimiento a los planteos de Luxemburg, resalta el hecho de que en su formulación “hay muchos aspectos interesantes”, en concreto, “la idea de que el capitalismo debe tener algo ‘fuera’ para estabilizarse es digna de estudio, particularmente porque se hace eco de la concepción de Hegel [...] de una dialéctica interna del capitalismo que le obliga a buscar soluciones externas” (Harvey, 2004, p. 113). Tras tomar las reservas de población latente de las que Marx habla en *El capital* como algo “externo”, asegura que “el capitalismo puede hacer uso de algún exterior preexistente (formaciones sociales no capitalistas o algún sector en el propio capitalismo [...] todavía no ca-

pitalista) o puede fabricarlo activamente” (Harvey, 2004, p. 114).

En este punto entra en escena el que será uno de los conceptos clave en el pensamiento de Harvey: la llamada “acumulación por desposesión”. Se trata de una reelaboración evidente del concepto Marx, reconociendo el “papel continuo y persistente de las prácticas depredadoras de la acumulación ‘primitiva’ u ‘originaria’ en la amplia geografía histórica de la acumulación de capital” (Harvey, 2004, p. 116). Con esto intenta corregir el contenido de la categoría marxiana tomándolo como un fenómeno mucho más perenne y estructural al capitalismo². Una vez perfilado el concepto, Harvey se dispone a ubicarlo en el complejo esquema de necesidades de la acumulación del capital. A estas alturas no debe sorprender que lo coloque como un medio para la superación de las situaciones de sobreproducción, en clara analogía al uso que Luxemburg le daba a la “lucha contra la economía natural”:

El hecho determinante, en cualquier caso, es el excedente de capital. Lo que posibilita la acumulación por desposesión es la liberación de un conjunto de activos (incluida la fuerza de trabajo) a un coste muy bajo (y en algunos casos nulo). El capital sobreacumulado puede apoderarse de tales activos y

2. Harvey no monopoliza esta reformulación del concepto de Marx. Un ejemplo peculiarmente pertinente puede encontrarse en Bartra (1977, p. 109) cuando, al analizar el sector agrario latinoamericano, emplea el concepto de “acumulación primitiva permanente”, el cual “denota la forma cómo el capital se rodea de modos y formas de producción no capitalistas en condiciones tales de dependencia del imperialismo que el sector monopolístico de la economía se constituye en factor fundamental”. Hay una más que evidente conexión entre Luxemburg, Bartra y Harvey en el contenido de sus contribuciones.

llevarlos inmediatamente a un uso rentable (Harvey, 2004, p. 119).

Hasta ahora, podríamos hacer *mutatis mutandis* extensivas a Harvey las críticas que en el anterior apartado formulamos a la obra de Luxemburg. Poco cambia, en relación a lo que venimos tratando de expresar, el hecho de que él tome el excedente de la sobreproducción y no del subconsumo. Sin embargo, por los hechos mismos que Harvey quiere aprehender, se ve incentivado a introducir de una manera más sistemática y coherente que la revolucionaria polaca una institución esencial para elaboración teórica que le ocupa: el estado. Para Luxemburg (1978a, p. 351) el estado no era más que un “vehículo del proceso económico”, y aunque realice perspicaces deducciones sobre la función que éste cumple en relación a sus gastos (esencialmente militares) e ingresos, no llega a tomarlo más allá del marco que le ofrece su propia teoría del imperialismo. Harvey, sin embargo, sí muestra interés por captar qué es el estado y cómo funciona.

Desde prácticamente el comienzo de su obra, Harvey (2004, pp. 39-40) se esfuerza en remarcar las diferencias que existen entre las lógicas que rigen en el estado y las que rigen en la conducta capitalista. Cuando se detiene a analizar el estado — nos referimos, con él, al estado específicamente capitalista— lo describe como una estructura institucional que actúa como marco para las relaciones capitalistas aminorando sensiblemente los riesgos de las mismas (Harvey, 2004, p. 81). Se trataría, por ende, de un poder que instituiría las formas legales a la vez que es capaz de “atenuar los conflictos de clase y de ejercer un arbitraje entre las aspiraciones de diferentes fracciones del capital”; aquí Harvey (2004, p. 82) adopta, sin men-

cionarlos, un planteamiento general muy similar al de Poulantzas (1978, p. 391), quien consagró la percepción del estado como mediador en las relaciones de al interior de la burguesía, a la par que como agente en la lucha de clases y garante legal. Desde esta posición se concibe al estado como un aparato generalmente benévolo, pero a veces —voluntariamente o no— hostil, con los intereses del capital, y en todo caso externo al proceso de acumulación propiamente dicho.

Esto es clave para nuestro propósito, pues únicamente desde ese lugar puede tomarse la privatización como el “principal instrumento de la acumulación por desposesión” (Harvey, 2004, pp. 124-127). De la misma manera que el estado podía intervenir sobre territorios lejanos para garantizar un lugar a sus empresas para conseguir una inversión rentable, también podría ofrecérsela de entre sus propios dominios. El “neoliberalismo” sería la política económica abocada a hacer que servicios tales como la educación, la sanidad o la canalización de agua pasen del poder del estado, que los ofrecería de manera gratuita o con bajo coste a los ciudadanos, a ser una fuente de ganancias para las empresas que los usarían bien explotándolos o bien simplemente para especular.

Una concepción alternativa del estado ofrecería una perspectiva diferente. El estado moderno no puede ser visto como algo independiente del capital, sino más bien como una parte de este; no ya como un instrumento en manos de la burguesía o de una de sus fracciones, sino más bien como la forma política inherente y necesaria para la reproducción del capital social (en este sentido puede verse: Holloway & Picciotto, 1978; Iñigo Carrera, 2013, pp. 91-120; Kornblihtt, 2013; Artous, 2016;

Starosta & Caligaris, 2017, pp. 145-170). Así, podremos comprender que la acción del estado, en muchas ocasiones, opere en detrimento de los intereses de algunos capitales, pero siempre con vistas a mantener o mejorar la tasa de ganancia nacional a medio plazo.

Contemplarlo de esta manera puede facilitar la comprensión de que, aun cuando los servicios son de titularidad pública, estos son parte del dominio del capital. Sufragar mediante impuestos bienes constitutivos del valor de la fuerza de trabajo —tales como el agua o la sanidad—, o que sirvan para mejorar su productividad —educación—, revierte en ofrecer al conjunto de los capitales una clase obrera más barata y calificada a la que explotar (por no hablar de que los impuestos son también retraídos de los trabajadores). El hecho de que estos servicios se presenten como, y sean, conquistas de la clase obrera no cambia nada la naturaleza del asunto: la lucha de clases es un medio propio del capital para, en determinados momentos, regularse (en otros, superarse) a sí mismo. El “neoliberalismo” y las privatizaciones son, en este marco, parte de la violenta adecuación que el capital realiza ante sus propias demandas (surgidas esencialmente de la fragmentación del mercado laboral debida a la evolución de los medios para incrementar la productividad del trabajo y agudizadas en contextos de crisis).

De la misma manera que Luxemburg, Harvey hace pasar por exterior aquello que, en realidad, responde a la lógica inmanente del capital. A través, en este caso, del estado consigue de nuevo situarse frente a Marx, poniendo la fundamentación de la totalidad en su exterior.

5. Consideraciones finales: cambiar el rumbo, mantener el vuelo

En *La acumulación del capital*, la obra central de Rosa Luxemburg, lo que encontramos es una inversión radical de los planteamientos de Marx que supera con mucho la crítica a *El capital* en la que ella misma se reconoce. Su razonamiento lleva, en primer lugar, a romper con la lógica de la exposición de la crítica de la economía política situando los esquemas de reproducción como punto de partida inmediato para la aproximación a la realidad empírica. En segundo lugar, al poner la expansión geográfica hacia lo no capitalista como una necesidad del capital mismo, se separa de su maestro colocando fuera del capital las bases para su negación. Por último, para llegar a esto ha tenido que hacer pasar mercados capitalistas por situaciones a caballo entre la economía natural y el modo de producción capitalista.

Pero estas frases no hacen justicia a la obra de Luxemburg. Tomada en su contexto y en relación a las ideas de sus coetáneos, su trabajo destaca por muchas razones que no deben pasarse por alto al hacer balance de ellas. Como hemos mencionado, fue una revolucionaria que hizo gala de la gallardía suficiente para, al encontrar discrepancias entre las teorías de su maestro y la realidad a la que debía enfrentarse políticamente, no recurrir (como sí hicieron Hilferding o Lenin) a anunciar saltos en la historia del capitalismo que salvaran las distancias³. Leyó con

3. “A pesar del uso explícito del término, no se puede encontrar en Rosa Luxemburg una teoría del imperialismo como fase del capitalismo. En sentido estricto, el imperialismo es un aspecto

detenimiento la obra marxiana y polemizó directamente con ella, consiguiendo servirse de esta para encontrar nociones que pudieran dar cuenta de aquello que tenía frente a sí y que la horrorizaba, siempre con vistas a enfrentarlo. Y así lo hizo, hasta las últimas consecuencias.

No estamos, por tanto, ante un personaje, ni frente a una propuesta teórica, que puedan tomarse a la ligera. Tanto es así que los mismos diagnósticos que ella defendió en su momento siguen inspirando a intelectuales políticamente comprometidos, como ha sido el caso del profesor Harvey, uno de los más reconocidos teóricos críticos de nuestra época, en sus maneras de comprender el complejo mundo en el que vivimos. Se suele decir que Lenin, tras conocer la noticia de la muerte de Luxemburg, con quien había mantenido disputas importantes de carácter político, la comparó, en una sugerente metáfora, con un águila capaz de emprender el vuelo y llegar a unas alturas inalcanzables para las gallinas. Sin duda la parábola puede ser pertinente: aunque en su vuelo pudiera errar el rumbo, al menos voló, y mucho más alto de lo que muchas otras figuras podrían imaginar.

6. Bibliografía

Arthur, C. J. (2014). "De la crítica de Hegel a la crítica del capital". En M. Robles Báez (Ed.), *Dialéctica y capital* (pp. 343-382). Buenos Aires: Razón y revolución.

Artous, A. (2016). "Retorno sobre algunas dificultades y discusiones". En O. Acha (Ed.), *Naturaleza y forma del Estado capitalista. Análisis marxistas contempo-*

ráneos (pp. 19-55). Buenos Aires: Herramienta.

Balibar, É. (1970). "Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico". En L. Althusser & É. Balibar, *Para leer El capital* (pp. 217-235). México DF: Siglo XXI.

Bartra, R. (1977). *El poder despótico burgués*. Barcelona: Península.

Bauer, O. (1978). "La acumulación del capital". En L. Colletti, *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo* (pp. 339-364). México DF: Siglo XXI.

Bernstein, E. (2011). *El socialismo evolucionista*. Granada: Comares.

Cunow, H. (1978). "¿Adónde lleva nuestro desarrollo económico?" En L. Colletti, *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo* (pp. 165-174). México DF: Siglo XXI.

Grossman, H. (1979a). *La ley de la acumulación y el derrumbe del sistema capitalista*. México DF: Siglo XXI.

Grossman, H. (1979b). "La producción del oro en el esquema de reproducción de Marx y Rosa Luxemburg". *Pasado y presente*, 79, 102-132.

Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

Hegel, G. W. F. (1975). *Filosofía del derecho*. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México.

Hegel, G. W. F. (2015). *Fenomenología del espíritu*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Holloway, J., & Picciotto, S. (Eds.). (1978). *State and capital. A marxist debate*. London: Edward Arnold.

Iñigo Carrera, J. (2013). *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Buenos Aires: Imago Mundis.

Kautsky, K. (1981). *La doctrina socialista*. Barcelona: Fontamara.

Kornblihtt, J. (2013). "En torno a la no neutralidad del Estado (prólogo)". En P.

siempre presente en el capitalismo más que una fase particular" (Santi, 1973, p. 21).

- Mattick, Marx y Keynes. *Los límites de la economía mixta* (pp. 7-34). Buenos Aires: Razón y revolución.
- Kosik, K. (1968). *Dialéctica de lo concreto*. México DF: Grijalbo.
- Lukács, G. (1985). *Historia y conciencia de clase* (Vol. 1). Barcelona: Orbis.
- Luxemburg, R. (1978a). *La acumulación del capital*. México DF: Grijalbo.
- Luxemburg, R. (1978b). "La acumulación del capital, o en qué se han convertido los epígonos de la teoría de Marx. Una anti-crítica". En R. Luxemburg, *La acumulación del capital* (pp. 365-454). Barcelona: Grijalbo.
- Marx, K. (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* (Vol. 1). Madrid: Siglo XXI.
- Marx, K. (1973a). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Marx, K. (1973b). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo III. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Mattick, P. (2014). *Crisis económica y teorías de la crisis. Ensayo sobre Marx y la "ciencia económica"*. Madrid: Maia.
- Pannekoek, A. (1978). "La teoría del derrumbe del capitalismo". *Pasado y presente*, 78, 62-85.
- Poulantzas, N. (1978). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Madrid: Siglo XXI.
- Rieznik, P. (2014). "¿Qué es la teoría del derrumbe del capitalismo? (Y cómo son las cosas)". *Hic Rhodus*, 6, 1-16.
- Rodríguez Rojo, J. (2016). "La sociología representativa contra El capital. Los retos de la dialéctica y la crítica de la epistemología". *Encrucijadas*, 12.
- Rodríguez Rojo, J. (2017). "La clase social como categoría dialéctica: hacia una reconstrucción". *Nómadas*, 52, 261-279.
- Rodríguez Rojo, J. (2019). *La revolución en El capital. Significados y potencialidad de la lucha de clases*. Madrid: El Garaje.
- Rosdolsky, R. (1979). *Génesis y estructura de El capital de Marx*. México DF: Siglo XXI.
- Santi, P. (1973). "El debate sobre el imperialismo en los clásicos del marxismo". *Pasado y presente*, 10, 11-64.
- Starosta, G., & Caligaris, G. (2017). *Trabajo, valor y capital. De la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*. Bernal: Universidad de Quilmes.
- Tugan-Baranowsky, M. (1978). "Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra". En L. Colletti, *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo* (pp. 259-280). México DF: Siglo XXI.
- Veraza, J. (2017). *Leer El capital hoy (Pasajes y problemas decisivos)*. México DF: Ítaca.
- Wallerstein, I. (2012). *El capitalismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.

